

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 1997

Inscripción N° 84.483

ISBN 956-244-061-3

Derechos exclusivos reservados para todos los países

(Autor: *Sergio Grez Toso*)

Edición al cuidado de:

Ernesto Guajardo Oyarzo

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

Sra. *Marta Cruz-Coke Madrid*

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y

Director Responsable

Sr. *Rafael Sagredo Baeza*

Producción Editorial

de esta publicación:

RIL editores

Diseño Portada Colección

Sra. *Claudia Tapia Roi*

Foto Portada

Fragua Troncoso en Angostura de Paine (1862)

Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651

Fono 3605200, Fax 6381975

Santiago de Chile

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

DE LA "REGENERACIÓN DEL PUEBLO" A LA HUELGA GENERAL

Génesis y evolución histórica
del movimiento popular en Chile
(1810-1890)

Sergio Grez Toso

dibam
DIRECCION
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

ediciones
RIL

 CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

A la memoria de mis padres, Sergio y Gilda

A la memoria de mi hermana, María Eugenia

A Brenda, Francesca y Luciano

A los trabajadores chilenos, principales protagonistas de esta historia

ÍNDICE

<i>Abreviaturas</i>	15
<i>Presentación</i>	19
<i>Prólogo</i>	23
<i>Introducción</i>	27

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

MANUFACTURAS, GREMIOS Y ARTESANOS DURANTE EL PERÍODO COLONIAL

<i>Los orígenes de las artesanías y manufacturas coloniales</i>	41
<i>Estratificación social de la fuerza de trabajo del sector artesano-manufacturero colonial</i>	46
<i>Reglamentación gremial e impacto de las transformaciones económicas sobre las artesanías y manufacturas coloniales</i>	54

CAPÍTULO II

LA ECONOMÍA Y LOS SECTORES POPULARES URBANOS EN EL SIGLO XIX

<i>El marco económico general</i>	59
<i>El retraso de la producción artesanal chilena en el momento de la fundación de la República</i>	67
<i>El crecimiento de las ciudades y el desarrollo de las artesanías y oficios urbanos hasta mediados del siglo XIX</i>	76
<i>El crecimiento de las ciudades, la industrialización y consolidación de núcleos obreros urbanos a partir de 1860</i>	93
1.- El desarrollo urbano	93
2.- El comienzo del proceso de industrialización	97
3.- Los trabajadores durante la segunda mitad del siglo XIX.	
Contingentes y distribución por sectores productivos	113
<i>Los trabajadores extranjeros</i>	127
<i>El trabajo femenino e infantil</i>	130
<i>Las condiciones de trabajo</i>	143
<i>Hacia el término del siglo: una transición avanzada, pero inconclusa</i>	150

CAPÍTULO III
LAS CONDICIONES DE VIDA

<i>¿Cómo aproximarnos a la cuestión?</i>	153
<i>Desarrollo urbano, habitación popular y segregación social</i>	154

CONCLUSIÓN DE LA PRIMERA PARTE

<i>El descubrimiento de la "cuestión social"</i>	171
--	-----

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO IV

LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS POLÍTICAS DEL "BAJO PUEBLO" (1810-1830)

<i>Los sectores populares y la lucha por la Independencia</i>	177
<i>Las "turbas" urbanas</i>	183
<i>La proclama de fray Antonio de Orihuela: primer intento por constituir un sujeto autónomo popular</i>	193
<i>El movimiento de los lancheros, marineros, pescadores y otros sectores populares de Valparaíso en 1825: una experiencia original</i>	197
<i>La convocatoria política instrumental o tradicional</i>	202
<i>El saldo del período</i>	218

CAPÍTULO V

EL RÉGIMEN PORTALIANO Y EL DISCIPLINAMIENTO
DE LOS SECTORES POPULARES

<i>El peso de la noche</i>	221
<i>El disciplinamiento de los sectores populares</i>	224

CAPÍTULO VI

ORGANIZACIONES, REIVINDICACIONES Y LUCHAS POPULARES DURANTE
LAS PRIMERAS DÉCADAS REPUBLICANAS

<i>Las formas de organización gremial</i>	237
<i>Gremios organizados por el Estado</i>	246
<i>Los movimientos reivindicativos y de protesta social</i>	256
<i>Una reivindicación política fundamental: la reforma o abolición del servicio en la Guardia Nacional</i>	269

CAPÍTULO VII

EL RENACIMIENTO DE LA CONVOCATORIA POLÍTICA INSTRUMENTAL
DURANTE LA DÉCADA DE 1840

<i>Introducción</i>	283
<i>El "movimiento cultural de 1842" y el reforzamiento de la oposición</i>	287
<i>Los artesanos y otros elementos populares en la coyuntura política de 1845-1846</i>	292

CAPÍTULO VIII

LA SOCIEDAD DE LA IGUALDAD Y LA GUERRA CIVIL DE 1851

<i>Los factores de una nueva coyuntura</i>	311
<i>La fundación de la Sociedad de la Igualdad</i>	316
<i>De abril a junio de 1850: la etapa del "trabajo social"</i>	324
<i>De junio a noviembre de 1850: instrumento de la política liberal</i>	330
<i>Las sociedades de la Igualdad de provincias</i>	352
<i>La participación popular en la guerra civil de 1851</i>	356
<i>El balance para los sectores populares</i>	372

CAPÍTULO IX

LAS PRIMERAS SOCIEDADES MUTUALISTAS (1853-1858)

<i>El difícil contexto político</i>	377
<i>Los pioneros: tipógrafos y artesanos</i>	378

CAPÍTULO X

LOS TRABAJADORES EN LA COYUNTURA POLÍTICA DE 1858
Y LA GUERRA CIVIL DE 1859

<i>El contexto político y económico en 1858</i>	389
<i>La participación de los trabajadores urbanos en la agitación política de 1858</i>	394
<i>Los trabajadores en la guerra civil de 1859</i>	405
<i>La guerra social</i>	421
<i>Las consecuencias de la derrota</i>	423

CAPÍTULO XI

1861-1879: LA PRIMERA FASE DE EXPANSIÓN
DE LAS ORGANIZACIONES POPULARES

<i>Las mutuales</i>	427
---------------------	-----

<i>El cooperativismo</i>	434
<i>Escuelas de trabajadores, filarmónicas de obreros y sociabilidad popular</i>	439

CAPÍTULO XII

LUCHAS, REIVINDICACIONES Y COORDINACIÓN POPULAR ENTRE 1861 Y 1879

<i>Recuento y caracterización general de los principales movimientos de protesta popular</i>	445
<i>Las huelgas de trabajadores portuarios</i>	450
<i>Las huelgas de tipógrafos, sastres y otros gremios</i>	458
<i>La coordinación popular y la lucha contra la crisis económica durante la segunda mitad de los años setenta</i>	461

CAPÍTULO XIII

LOS TRABAJADORES Y LA ACTIVIDAD POLÍTICA ENTRE 1861 Y 1879

<i>¿Hacer o no hacer política?</i>	485
<i>Organizaciones ad-oc para incorporar a los trabajadores a la lucha política</i>	491
<i>Una campaña política de masas: el Partido Liberal Democrático y la candidatura presidencial de Benjamín Vicuña Mackenna (1875-1876)</i>	494
<i>La Sociedad Escuela Republicana</i>	504
<i>¿La Primera Internacional en Chile?</i>	513
<i>El liberalismo popular</i>	521

CAPÍTULO XIV

CATÓLICOS Y MASONES: DOS ASPECTOS DE LA LUCHA DE INFLUENCIAS DE LOS SECTORES DIRIGENTES ENTRE LOS TRABAJADORES ORGANIZADOS

<i>El catolicismo conservador</i>	528
1) La acción tradicional	529
2) Una nueva etapa: las primeras sociedades católicas de obreros	532
<i>La masonería y las iniciativas de educación popular</i>	540
1) Las iniciativas propias	540
2) El asesoramiento de las escuelas de artesanos y las conferencias populares. El caso de la Escuela Benjamín Franklin	542
3) El Guía del Pueblo: una experiencia de prensa masónica popular y algunos elementos de la orientación ideológica de la masonería hacia los trabajadores	549

CAPÍTULO XV

EL ASCENSO DEL MOVIMIENTO OBRERO (1883-1890)

<i>La Guerra del Pacífico y el movimiento popular 1885-1890: la proliferación de las huelgas obreras</i>	553
1) Las consecuencias de la victoria chilena en la Guerra del Pacífico	564
2) Las principales huelgas	575
3) Conclusiones	586
<i>La unificación de las demandas populares y el "Congreso obrero" de 1885</i>	588
<i>Nuevas organizaciones y formas de coordinación popular hacia fines de la década de 1880</i>	591
1) La vigencia del mutualismo	591
2) El mutualismo femenino	598
3) La mutualidad de los inmigrantes extranjeros	605
4) Otras organizaciones: logias obreras, sociedades de temperancia, sociedades mixtas, etcétera	610
5) Nuevas formas de coordinación obrera y popular	614

CAPÍTULO XVI

LA CRISTALIZACIÓN DE LA UNIDAD POLÍTICA DEL MOVIMIENTO POPULAR

<i>La Sociedad Escuela Republicana, El Precursor y las candidaturas obreras de 1882</i>	621
<i>La Sociedad Escuela Republicana, La Razón, las "candidaturas obreras" de 1885 y el apoyo a la candidatura presidencial de Balmaceda en 1886</i>	627

CAPÍTULO XVII

EL CATOLICISMO CONSERVADOR A LA CONQUISTA DE UNA BASE POPULAR DE MASAS

<i>La constitución de la Unión Católica y los círculos católicos de obreros</i>	641
<i>El crecimiento de las asociaciones católicas de obreros y la exacerbación de la competencia entre católicos y laicos en el seno de la clase obrera y del artesanado</i>	648

CAPÍTULO XVIII

EL PARTIDO DEMOCRÁTICO

<i>La convergencia de jóvenes radicales de izquierda y dirigentes del movimiento popular</i>	655
<i>La fundación del Partido Democrático</i>	659

<i>El despegue</i>	664
<i>El incendio de los tranvías y el encarcelamiento del directorio demócrata</i>	672
<i>El proceso al directorio demócrata y el nuevo desarrollo del partido</i>	678
<i>Crecimiento y división del Partido Democrático.</i>	682
<i>De las grandes campañas de masas, al desgarramiento de la guerra civil</i>	682

CAPÍTULO XIX
LA HUELGA GENERAL DE 1890

<i>Las causas</i>	705
<i>El estallido de las huelgas en Iquique y en las salitreras tarapaqueñas</i>	709
<i>Extensión y declinación de las huelgas nortinas</i>	721
<i>Las huelgas y la agitación en Valparaíso y en otras regiones</i>	734
<i>Una tentativa de balance</i>	744
Conclusión	751
Anexos	761
<i>Lista de cuadros</i>	769
<i>Fuentes y Bibliografía</i>	771

ABREVIATURAS

A.A.A.V.	Archivo de la Asociación de Artesanos de Valparaíso
A.H.M.R.E.	Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Chile
A.M.A.E.R.F.	Archives du Ministère des Affaires Étrangères de la République Française
A.N.A.B.V.M.	Archivo Nacional. Archivo Benjamín Vicuña Mackenna
A.N.A.D.S.M.	Archivo Nacional, Archivo Presidente Domingo Santa María González
A.N.A.I.T.	Archivo Nacional. Archivo Intendencia de Tarapacá
A.N.A.I.V.	Archivo Nacional. Archivo Intendencia de Valparaíso
A.N.A.M.H.	Archivo Nacional. Archivo Ministerio de Hacienda
A.N.A.M.I.	Archivo Nacional. Archivo Ministerio del Interior
A.N.A.M.J.	Archivo Nacional. Archivo Ministerio de Justicia
A.N.F.J.S.	Archivo Nacional. Fondo Judicial Santiago
A.S.T.V.	Archivo Sociedad Tipográfica de Valparaíso
A.S.A.L.	Archivo Sociedad de Artesanos de Limache
A.S.A.U.S.	Archivo Sociedad de Artesanos "La Unión" de Santiago
A.S.S.M.M.B.E.V.	Archivo Sociedad de Socorros Mutuos Manuel Blanco Encalada de Valparaíso
A.S.S.M.P.M.	Archivo Sociedad de Socorros Mutuos "Protección de la Mujer" (ex- "Emancipación de la Mujer") de Santiago

A.S.U.T.S.	Archivo Sociedad Unión de los Tipógrafos de Santiago
AUCh	Anales de la Universidad de Chile
BACHH	Boletín de la Academia Chilena de la Historia
B.N.S.M.	Biblioteca Nacional. Sala Medina
I.I.V.S.G.R.	Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam)
RChHG	Revista Chilena de Historia y Geografía
S.C.L.	Sesiones de los Cuerpos Legislativos
S.C.N.	Sesiones del Congreso Nacional

“Los silencios que la sociedad le impone a la historia, son la historia, del mismo modo que la historia”.

Marc Ferro, *L'histoire sous surveillance* (Paris, Calmann-Lévy, 1987).

PRESENTACIÓN

Observado desde la Argentina, siempre ha resultado notable el “clasismo” de la clase obrera chilena del siglo XX. Esto significa que los enfrentamientos con el capital han sido nítidos, que la clase se ha expresado políticamente de manera autónoma, pero también que las modernas relaciones industriales han cuajado tempranamente. ¿De dónde nace esta evolución, relativamente singular en América Latina? Son comunes las explicaciones que se apoyan en las estructuras sociales básicas, y deducen de ellas los intereses, los modos de organización y las ideologías. Hace poco, de manera muy convincente, Charles Bergquist propuso una explicación que vinculaba las peculiaridades del enclave salitrero con estas características clasistas del movimiento obrero chileno. Otras líneas de explicación, en cambio, intentan buscar los nexos entre la estructura y la cultura, y procuran comprender la naturaleza de los actores sociales en términos de largos procesos de acumulación de experiencias y tradiciones.

Creo que a esto ha apostado Sergio Grez. Su apuesta es ambiciosa. En primer lugar, dar cuenta de un largo proceso secular de gestación y desarrollo del movimiento popular, una categoría que le permite eludir el encorsetamiento conceptual de la noción de “clase obrera”, tal como la han empleado los paradigmas más tradicionales. En segundo lugar, ha buscado subrayar las continuidades por sobre las rupturas, ciertamente sin negarlas. Sobre todo, ha apostado a explicar -a la manera de E.P. Thompson- la manera como la clase obrera se construye a sí misma, valorando las instituciones que surgen de sus prácticas, las propuestas y reclamos que derivan de su experiencia, y también la manera propia de procesar mensajes e ideas provenientes de otros ámbitos de la sociedad. Finalmente, ha subrayado la dimensión política de la constitución de esa identidad: la construcción política de la clase no es producto del trabajo ideológico de una vanguardia ilustrada, sino la consecuencia de una gradual maduración y escisión de los propios trabajadores, a partir de una experiencia inicial en el marco del liberalismo político.

El alma del “movimiento social” que Grez estudia es el artesanado urbano. Si sus raíces se encuentran en el artesanado colonial, que prolonga su existencia en las primeras décadas revolucionarias, lo que tiene de específico se configura en el marco de la temprana maduración de la economía exportadora chilena, ya en las décadas centrales del siglo, y en la

cadena de demandas y estímulos que esa expansión generó. Las demandas de la elite, el desarrollo de los transportes y servicios, el nuevo consumo de sectores medios y populares y la misma actividad industrial, todo ello dio vida a una manufactura que, sin solución de continuidad, enlazó las pequeñas formas de producción con los modernos establecimientos fabriles.

La singularidad que Grez detecta -y que Chile comparte con Colombia- es la temprana e intensa incorporación de esos artesanos a la vida pública. Lo hicieron convocados por diversas fuerzas actuantes en una escena política por entonces relativamente madura distante, al menos, de las formas más corrientes de política caudillista latinoamericana- y muy especialmente por los sectores liberales. Esta interpelación, en lugar de instrumentalizar el mundo artesanal en una lucha política ajena, actuó como disparador de sus reivindicaciones específicas y de sus formas propias de organización. El mutualismo se entrelazó con la demanda proteccionista, que derivó en una propuesta económica propia. El reclamo contra la incorporación forzada a la Guardia Nacional se tradujo en reclamos antiautoritarios que desbordaron el marco liberal inicial, y también el del nuevo radicalismo, para concluir en una organización política singular en su tiempo: el Partido Democrático. Sergio Grez traza de manera muy convincente el cuadro de un deslizamiento gradual del liberalismo más clásico hacia lo que llama el liberalismo popular, que incluye una propuesta democrática con fuerte contenido social.

Al enfocar las cosas de este modo, Grez hace una elección que es a la vez historiográfica -ha estudiado lo que le parece relevante- y política, como toda buena opción de historiador. Se advierte que toma distancia de otras posibilidades interpretativas, que no le asigna importancia central a las formas "premodernas" de la organización y la acción, que considera relevante la distinción entre "clases laboriosas" y "clases peligrosas", y que la frontera entre el delito y la lucha social le resulta clara. No sé cuanto contribuye esta opción a la precisión y riqueza de su interpretación. Pero está claro que, al hacerla, mira a la vez el pasado y el futuro.

Lo curioso es que al final del camino, luego de haber seguido laboriosamente la trayectoria de este "movimiento popular" de base artesanal y de haber descartado otras miradas sobre lo popular, concluye su itinerario con la huelga general de 1890, en la que reconoce un hito fundacional de la moderna clase obrera. Sus protagonistas vienen de otros ámbitos sociales, más tradicionales y más modernos a la vez: peones que se proletarizan aceleradamente pero reivindican, en nuevos contextos, formas tradicionales de resistencia y acción. Y en esta hora decisiva, Grez declara que los artesanos, los mutualistas, el Partido Democrático, están ausentes. Final abrupto y contradictorio si el autor no señalara -anunciando una línea futura de trabajo- que ese caudal de experiencias del "movimiento popular" será finalmente adoptado y reivindicado por el movimiento obrero.

En suma, Grez corona un esfuerzo ambicioso con un cuadro coherente. Como cualquier propuesta de este tipo, presenta problemas y abre discusiones. Grez construye esta enorme historia con un conjunto de fragmentos que ha reunido laboriosamente pero que son todavía insuficientes, de modo que su reconstrucción muestra saltos, lagunas, zonas hipotéticas. Todo esto deriva del vacío historiográfico sobre el tema, y en definitiva nos lleva a valorar más el esfuerzo pionero del autor.

Quizás el punto que debería ser discutido a partir de este libro es la idea del sujeto que lo subtiende. ¿Hasta qué punto, sin forzar el material empírico, puede hablarse de un movimiento popular continuo, que enlace los conflictos de 1810 con los de 1890? Ciertamente, la noción de tradiciones nos permite pensar las cosas en estos términos, pero aún así quizás convenga subrayar más algunas discontinuidades, despojar al movimiento popular de una cierta connotación hegeliana y encarnarlo mejor en el proceso histórico. En el mismo sentido, habrá que debatir acerca de cuando puede empezar a hablarse de un movimiento popular de dimensión nacional, habida cuenta de la fragmentación regional de experiencias y de la lenta constitución de una sociedad nacional. Finalmente, me parece importante incluir en esta historia al antagonista, o al menos subrayar de manera más precisa sus rasgos. Toda identidad social surge de una relación, un conflicto. ¿Con quién se enfrentan estos artesanos? ¿Sólo con el Estado y sus gobiernos? Quizás allí esté una de las claves del tipo de identidad social y política que constituyen y -por qué no- de su "ausencia" en 1890.

Más allá de estas cuestiones, si se quiere menores, tenemos aquí el trazado general de una historia que es importante. Este libro facilitará el trabajo de todos quienes vengán a precisar la línea, a mirar en detalle cada una de sus partes. Hace más de veinte años imaginé escribir un libro como este, y desistí. Puedo valorar el esfuerzo del trabajo de Sergio Grez, cuya obra será sin duda un jalón.

Luis Alberto Romero

Buenos Aires, invierno de 1997.

PRÓLOGO

Un libro de historia –tal vez más que otras creaciones del trabajo humano– es el resultado de muchos factores que han ejercido una influencia sobre su autor. Sin olvidar lo que parece más obvio –la formación intelectual–, es innegable que nuestras experiencias, creencias, preocupaciones y convicciones más íntimas condicionan, inevitablemente, la elección del tema, la forma de abordarlo y las interrogantes que desde el presente nos proponemos responder al escudriñar el pasado. Los lectores perspicaces adivinarán a través de las líneas de la historia que tienen ante sus ojos, una parte de la subjetividad del autor, de su vida, sus esperanzas, sus logros y sus frustraciones. Ya son pocos los que osan negarlo: nuestra objetividad de historiadores está impregnada por nuestra subjetividad, por nuestro ser social del tiempo presente. Reconozco gustoso que, a pesar de su sesgo académico y del esfuerzo por ponderar “objetivamente” los datos descubiertos a lo largo de la investigación, esta obra tiene mucho de mis experiencias vitales, de mis ilusiones y desencantos. Es el fruto de la mirada de un chileno de la segunda mitad del siglo XX que ha gozado y sufrido los avatares de su país y del mundo en la época que le ha tocado vivir.

Este libro es, pues, parte importante de mi historia, de mis inquietudes y de mi trabajo durante un período quizá demasiado largo. Su punto de partida se sitúa en el exilio parisino, en la primera mitad de los años ochenta, cuando aguijoneado por los sucesos de mi país y de otras latitudes, efectué las primeras lecturas que me llevaron a formular un proyecto de tesis doctoral. Los últimos seis años de mi estadía en Francia fueron consagrados, en buena parte, a cumplir dicho desafío intelectual, antes del retorno definitivo a Chile en 1990. Una segunda etapa dedicada a profundizar y mejorar esta empresa de largo aliento, se extendió –con algunas interrupciones– desde agosto de 1993 hasta octubre de 1996. La prolongada espera para el inicio del proceso editorial, permitió afinar ciertas ideas e incorporar alguna bibliografía aparecida durante el primer semestre de 1997.

A lo largo de esos años pude contar con el aporte generoso de distintas personas e instituciones que creyeron en el proyecto y que con su apoyo intelectual, moral y material han hecho posible su realización. Al culminar el trabajo no puedo dejar de hacer público mi reconocimiento. En primer lugar, debo expresar gratitud a mi familia, en particular a la memoria de mis padres, Sergio y Gilda, que no alcanzaron a ver culmi-

nada esta tarea, por su amor de siempre, su aliento y la valiosa documentación que me enviaron a Francia durante la primera fase de la investigación. El mismo sentimiento va hacia Brenda, Francesca y Luciano, que debieron pagar en sus vidas cotidianas el precio de un esfuerzo de tan larga duración.

Durante la preparación de la tesis doctoral me ayudaron desde Chile, en la recopilación de información, mi hermano Rodrigo y Sara Carrasco. El Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam financió mi tercer y último viaje a Chile, para efectuar una operación de rescate de archivos del movimiento popular del siglo XIX, viaje que sirvió, al mismo tiempo, para culminar aquella etapa de la investigación.

En Francia recibí las acertadas observaciones críticas de mi amigo Jean-Pierre Richard y de los miembros del jurado de tesis de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Patrick Friedenson, Hubert Perrier e Yves Lequin (mi director).

La profundización de la pesquisa y su materialización en un libro fue posible gracias a la acogida que me brindaron en el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional, Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. Durante los últimos años conté con el apoyo de esta institución y con las facilidades y anónima colaboración de varios funcionarios de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, en especial, de Patricia Riquelme P. y Alejandro Valenzuela M., de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional.

En la fase culminante contribuyó de manera particularmente eficiente a la búsqueda de nuevas fuentes, la profesora Jacqueline Oses G.

Una vez terminada la redacción, el texto fue revisado y comentado acuciosamente por Jorge Rojas F., Julio Pinto V. y Gonzalo Cáceres Q., con quienes tengo una deuda muy grande. También me entregaron su preciada crítica sobre algunos capítulos, Sergio Villalobos R., Juan Guillermo Muñoz C., Marco Antonio León L. y Andy Daitzman. Gracias a ellos pude ampliar mis conocimientos sobre determinados problemas y repensar ciertos juicios, mejorando el resultado final.

A Luis Alberto Romero, muy especialmente, debo el estímulo de su generosa opinión, expresada, una vez más, en la presentación de este libro.

Numerosas personas aportaron ideas, datos y comentarios que contribuyeron a enriquecer mi trabajo. Entre otros debo agradecer, de manera particular, al bibliófilo y bibliógrafo Felipe Vicencio E., quien me facilitó valiosos impresos del siglo XIX de su colección personal; a mis alumnos del Programa de Magister de Historia de la Universidad de Santiago y a Luis Moulián E. y Fabio Moraga V., con los cuales he mantenido un diálogo durante los últimos años.

Y más allá del plano académico, tengo una deuda con los mutualistas de mi país, sobre todo con los celosos guardianes del patrimonio his-

tórico de la Sociedad de Artesanos "La Unión" de Santiago, de la Asociación de Artesanos de Valparaíso, de la Unión de los Tipógrafos de Santiago, de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso, de la Sociedad de Socorros Mutuos "Protección de la Mujer" de Santiago, de la Sociedad de Artesanos de Limache y de la Sociedad de Socorros Mutuos Manuel Blanco Encalada de Valparaíso, que me abrieron sus archivos y me permitieron, a través de su contacto, conocer mejor el espíritu y la historia de la primera forma de organización de los trabajadores chilenos.

INTRODUCCIÓN

Nuestro siglo XIX ha sido objeto de particular atención por parte de los historiadores. Esto no es extraño ya que, al igual que en la gran mayoría de los países latinoamericanos, la centuria decimonónica representa en Chile una etapa clave en la formación y consolidación del Estado nacional. La relativa abundancia de fuentes documentales¹, junto con las preocupaciones políticas e ideológicas de los historiadores, cronistas, publicistas, ensayistas y políticos, que buscaron en el pasado las raíces de las teorías, símbolos, escuelas y corrientes de pensamiento de su propio presente, han sido otros tantos estímulos para el estudio de este período de la trayectoria nacional.

De manera general, se puede afirmar que tanto en la historiografía liberal que dominó durante el siglo XIX, como en la conservadora que prevaleció en la primera mitad del siglo XX, los estudios sobre las estructuras sociales y económicas, las mentalidades colectivas, las mujeres, los grupos sociales o étnicos, dominados o subalternos, fueron olvidados o relegados a una posición secundaria².

La crisis del orden oligárquico que se abrió durante las primeras décadas del siglo XX y que se manifestó de manera casi incontrolable en torno a 1920, puso en evidencia el surgimiento de sectores sociales hasta entonces excluidos de las instancias de poder y de mediación política. Las capas medias y la clase obrera irrumpieron en el escenario político nacional contribuyendo a provocar dos grandes tipos de reacciones en la historiografía: la de la corriente conservadora (que no abordaremos por su

¹ En 1844 se inicia la "era estadística". Por esos años comienzan a proliferar periódicos y revistas de todo tipo, se crean las primeras grandes instituciones de enseñanza moderna, lo que se suma a la plena incorporación del país al mercado mundial y al establecimiento de misiones diplomáticas y de casas comerciales extranjeras que se venía produciendo desde la Independencia. Éstos y otros factores multiplican enormemente las fuentes para el estudio de la historia nacional.

² Entre la literatura sobre las corrientes historiográficas chilenas se destacan los siguientes títulos: Sergio Villalobos R., *Historia del pueblo chileno*, Introducción (Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, Instituto de Estudios Humanísticos, Santiago, 1983), (1ª edición 1980), págs. 9-51; "Historiografía chilena: balance y perspectivas. Actas del seminario de historia de Chile (Sur, julio-noviembre, 1985)", en *Proposiciones*, N°12, Santiago, octubre-diciembre de 1986, págs. 157-170; Gabriel Salazar V., "Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990). Búsqueda, identidad, dispersión", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1990, págs. 81-94; Cristián Gazmuri R. y Rafael Sagredo B., "Chile: 1968-1988. Los ensayistas. Historiografía chilena de los últimos veinte años", in *Georgia Series on Hispanic Thought*, N° 22-25, Georgia, 1988, págs. 265-289.

poca preocupación por la temática de este libro) y la de los historiadores que buscaban sobrepasar el estrecho cuadro de la disciplina tradicional centrada casi exclusivamente en el estudio de los “grandes hechos” y de los “grandes hombres”. Aunque en este caso no se trata de una “escuela”, es posible distinguir una nueva sensibilidad en función de su oposición o contraste con las dos grandes familias historiográficas mencionadas anteriormente. Hacia mediados del siglo XX se desarrollaron tendencias en las que se reflejaban nuevas inquietudes e intereses que trataban de integrar a la investigación aspectos del conocimiento histórico hasta entonces desconocidos, omitidos o relegados a un rango secundario. Es así como junto a la producción clásica –centrada preferentemente en la historia política– aparecieron estudios, cada vez más numerosos, de historia demográfica e historia económica y social. La preocupación por los fenómenos económicos, las estructuras sociales, los grupos sociales subalternos, así como nuevas interpretaciones críticas de la historia política, han enriquecido y diversificado la historiografía chilena de la segunda mitad del siglo XX.

Esta pluralidad de tendencias y de sensibilidades –que insistimos, no forman una escuela– manifiesta un interés por los temas “olvidados” de la historiografía tradicional y una notoria influencia de las corrientes de pensamiento más interesadas por la “cuestión social” (marxismo, estructuralismo, catolicismo social) y de las nuevas tendencias de las ciencias sociales. Nombres como los de Álvaro Jara, Mario Góngora, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos, fuertemente influenciados por la Escuela de los Anales, y los marxistas Julio César Jobet, Marcelo Segall, Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barria y Luis Vitale, son la expresión de esta diversidad.

Pero más allá de la heterogeneidad, de las lagunas o de los nuevos apologismos en que incurrió cuando fue concebida, consciente o inconscientemente, como un instrumento de las luchas políticas, la nueva producción tuvo el mérito de ampliar el campo de acción del historiador y, a través suyo, del propio conocimiento del pasado histórico³. Más recientemente, nóveles generaciones de investigadores han abierto promisorias vías en el campo de la historia económica y social, siguiendo las orientaciones actuales de la disciplina.

En este contexto, el siglo XIX sigue siendo uno de los terrenos más fértiles de estudio e investigación. Ello no es casual. A la relativa abundancia de fuentes documentales, se agregan una serie de hechos y de transformaciones, cuya filiación e influencia más o menos directa sobre el Chile actual, constituyen verdaderos axiomas.

En efecto, el siglo XIX es plétórico en acontecimientos decisivos

³ En esta breve referencia hemos incluido sólo a los autores nacionales más conocidos. Una serie de historiadores extranjeros merecen una mención especial por su importante aporte a la investigación de ciertos aspectos de la historia de Chile.

para la formación de la identidad nacional. Las luchas por la Independencia y la constitución de la República; la organización y consolidación a partir de 1830 de un Estado autoritario, fuertemente centralizado; la elevación de Chile en el concierto sudamericano, gracias al desarrollo de la economía exportadora y a sus dos victorias militares sobre Perú y Bolivia (en 1836–1839 y en 1879–1883); la evolución política marcada por cuatro guerras civiles (1830, 1851, 1859 y 1891); la incorporación al territorio nacional de las ricas provincias mineras de Tarapacá y Antofagasta, arrebatadas al Perú y a Bolivia durante la Guerra del Pacífico; la ocupación y el control efectivo de la Araucanía a comienzos de la década de 1880, y el inicio del proceso de industrialización durante las últimas décadas del siglo, son fenómenos sobre cuya importancia decisiva en la formación del Chile contemporáneo existe un amplio consenso.

La historia del movimiento obrero y popular –estrechamente ligada a algunos de estos procesos– ha sido motivo de un interés particular por parte de los historiadores marxistas. Pero como la formación de núcleos proletarios estables y numéricamente significativos se produjo recién durante el último cuarto del siglo XIX, y más particularmente desde fines de la Guerra del Pacífico, las investigaciones históricas se centraron durante mucho tiempo en este período, relegando a un puesto muy modesto los estudios sobre la etapa anterior. Las fijaciones sobre la “misión histórica del proletariado” y otras manifestaciones de dogmatismo ideológico jugaron un papel profundamente negativo en la construcción de la historia social del país: abandono o desprecio de vastos campos de estudio, traspaso mecánico de criterios y ópticas de análisis adoptados o creados para observar otras realidades, respuestas preconcebidas frente a fenómenos que merecerían un análisis particular, etcétera.

Ésta parece ser la razón principal que explica la historia extremadamente fragmentada de los trabajadores chilenos del siglo XIX. Autores como Jobet, Segall, Ramírez Necochea y Vitale realizaron incursiones precursoras en tal o cual aspecto de la historia del movimiento popular de la época. Algunos escribieron ensayos que cubrían todo el siglo⁴; pero todos ellos –cual más, cual menos– incurrieron en el error típico de la historia de la clase obrera escrita “desde dentro del movimiento”, definida por Hobsbawm como la tendencia a identificar a “las clases trabajadoras” con el “movimiento obrero”, “o incluso con alguna organización, partido o ideología concretos”⁵, sin contar la predominancia de visiones

⁴ Marcelo Segall, *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1953); Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes. Siglo XIX*, 1ª ed.: 1956, 2ª ed.: (Concepción, Ediciones LAR, 1986); Luis Vitale, *Interpretación marxista de la Historia de Chile*, vols. II y III (Santiago, Prensa Latinoamericana, 1969-1972), vol. IV (Santiago, LOM Ediciones, 1993).

⁵ Eric J. Hobsbawm, “Historia de la clase obrera e ideología”, en Eric J. Hobsbawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera* (Barcelona, Editorial Crítica, 1987), págs. 12 y 13.

teleológicas según las cuales ciertas formas de organización –como el mutualismo– y de manera más general todo este período de la historia del movimiento organizado del pueblo llano, no tendría otra lógica y otro sentido que el de preparar el advenimiento de la etapa madura y heroica del movimiento obrero del siglo XX.

Otros historiadores, como Gabriel Salazar, se han consagrado más recientemente, al estudio de la formación de la sociedad popular chilena del siglo XIX, levantando al “sujeto popular” como nuevo paradigma historiográfico⁶. Y no han faltado quienes, desde perspectivas epistemológicas igualmente renovadas, han abordado tal o cual aspecto o período de la vida de los sectores populares de ese siglo. Luis Alberto Romero, Julio Pinto, María Angélica Illanes y varios otros han marcado hitos significativos en este avance⁷. No obstante sus logros, ha persistido la carencia de una obra general sobre los movimientos y organizaciones de trabajadores hasta la formación de los grandes núcleos proletarios de fines de la centuria. La historia de los movimientos de artesanos, peones y proletarios ha sido hasta ahora una historia de saltos en el tiempo, discontinua, fragmentada, cuya única conexión es el relato de la historia política tradicional al que se le ha asignado la misión de encadenar los hechos aislados del devenir de las clases laboriosas.

El vacío es aún más grande por cuanto no se trata solamente de carencias de interpretación histórica sino de falta, incluso, de trabajos de investigación sobre el conjunto de la fase “presindical” del movimiento popular en Chile. No se dispone ni siquiera de una serie de monografías sobre las sociedades de artesanos y de obreros de la época o de un diccionario biográfico del movimiento obrero conforme a los criterios científicos actuales⁸.

La primera tarea es, por lo tanto, la de establecer los hechos, encontrar las huellas de una historia que no ha sido escrita sino muy parcialmente.

Aunque no hemos pretendido trazar un cuadro completo y definitivo de los movimientos populares durante el período anterior al surgimiento del sindicalismo, de sus organizaciones y de los dirigentes que los animaron, nos propusimos, al menos, un trabajo de investigación, lo más

⁶ Gabriel Salazar V., *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago, Ediciones SUR, Colección Estudios Históricos, 1985). La propuesta teórica de este autor se encuentra latamente desarrollada en *Violencia política popular en las “grandes alamedas”. Santiago de Chile 1947-1987* (Santiago, Ediciones SUR, 1990).

⁷ Las principales obras de estos autores son citadas más adelante.

⁸ La obra de Osvaldo López, *Diccionario Biográfico Obrero de Chile*, 1ª ed. (Concepción, Imprenta y Encuadernación Penquista, 1910), 2ª ed. (Santiago, Imprenta y Encuadernación Bellavista, 1912), está centrada en personajes de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. A pesar de su utilidad, es muy insuficiente, tanto por el breve período tratado como por sus lagunas y la óptica a menudo apologética del autor.

exhaustivo posible, explotando fuentes muy dispersas que no han sido reunidas ni utilizadas de manera suficiente para la construcción de la historia política y reivindicativa del mundo popular del Chile decimonónico. Esta historia, necesariamente muy rica y compleja, debería comprender aspectos tan variados como las condiciones de vida y de trabajo, las mentalidades colectivas, el análisis de la estructura económica en la que se insertaban los trabajadores, las relaciones con las otras clases sociales, con el Estado, los partidos políticos, la Iglesia, la masonería, la escuela, etcétera. También tendría que abordar el estudio de las influencias de ciertas corrientes de pensamiento como el liberalismo, el socialismo utópico, el catolicismo social y, en un período más tardío, el anarquismo y el marxismo, además de las reivindicaciones de los sectores populares, sus formas de organización, sus métodos de lucha, etcétera.

A medida que avanzábamos pudimos apreciar mejor la amplitud de las dificultades que comportaba esta tarea: cada uno de los temas mencionados supondría largos años de investigación y de reflexión realizados en un marco de trabajo colectivo.

Nos propusimos, entonces, un objetivo más modesto: establecer un cuadro general del desarrollo de las luchas y de las organizaciones de los artesanos, peones y obreros urbanos en Chile durante el período 1810–1890, abordando, de paso, algunos temas que nos parecieron esenciales para una mejor comprensión de nuestro objeto de estudio principal: la economía urbana y la inserción en ella de los sectores populares, las condiciones de vida y de trabajo del “bajo pueblo”, y las influencias políticas e ideológicas que ejercieron en su seno instituciones o corrientes de pensamiento como la Iglesia, el liberalismo o la masonería. El estudio sistemático de las mentalidades colectivas –por citar un asunto relevante– lo hemos excluido voluntariamente, limitándonos a una rápida evocación cuando nos pareció imprescindible para la comprensión de los temas privilegiados por nuestra investigación. Otras materias, como los conflictos regionales y la participación femenina en las luchas políticas, soslayadas en este libro, merecerían una atención particular por parte de los historiadores dedicados más específicamente a su estudio.

Los principales conceptos empleados en esta obra requieren ser precisados.

En primer lugar, nuestros sujetos protagónicos.

Los conceptos *pueblo*, *sectores populares* y *popular* los utilizamos en un sentido extenso, abarcando en ellos a una diversidad de actores sociales subordinados a la aristocracia o a la oligarquía. De este modo, en determinadas circunstancias cabrían dentro de dichas categorías ciertos elementos provenientes de las capas medias de la ciudad y del campo, de incipiente desarrollo durante el siglo XIX. En esta perspectiva, no podemos sino compartir la propuesta teórica de Luis Alberto Romero al constatar dos fuerzas en tensión: una que lleva a la fragmentación del univer-

so popular en una multitud de universos y otra de tipo unificadora. Así: "En ocasiones, la polarización es tan fuerte que en torno del campo popular se aglutinan los que en otras circunstancias formarían parte de las llamadas capas medias; en otras, la tensión disminuye y queda entre los dos polos un campo indeciso y fluctuante; en otras, finalmente, estos sectores intermedios se agrupan en torno del polo dominante [...]".⁹

Sólo el análisis concreto de una situación determinada (rasgo característico del método histórico) nos puede llevar a definir si el concepto sectores populares incluye o no a los grupos y capas que normalmente se considera dudosos (como los comerciantes y los delincuentes)¹⁰. Lo popular y lo que le es inherente, aparece como un concepto elástico no limitado al lugar ocupado por los individuos en la estructura económica de la sociedad. Los discursos, el posicionamiento en el conflicto social y el conjunto de prácticas culturales acercarán o alejarán a determinados sujetos de dicho campo en permanente construcción...

Una concepción similar alimenta nuestra idea de movimiento o más precisamente de *movimiento popular*. Parafraseando a Eric J. Hobsbawm en su reflexión sobre el movimiento obrero¹¹, podemos sostener que en nuestra perspectiva el movimiento popular no debe confundirse con el mero rechazo colectivo contra la injusticia, ni siquiera con la práctica de la huelga u otras formas de protesta y de resistencia de los trabajadores. La huelga, la protesta, el motín aislado, no constituyen, a nuestro juicio, un movimiento propiamente tal. Menos aún las soluciones individuales como el desarrollo del microempresariado popular (por muy difundida que sea su práctica) o ciertas formas de resistencia primaria a la opresión y la explotación, como la indisciplina laboral, la emigración, el nomadismo, la rebeldía individual peonal, el bandidismo, la delincuencia o la simple desmoralización. Lo verdaderamente nuevo, lo constitutivo del movimiento popular es la conciencia o identidad de la clase o conglomerado social, la movilización permanente tras ciertos objetivos claramente identificables por los propios protagonistas, continuidad que frecuentemente es alcanzada sólo si existe organización igualmente permanente. Las fronteras entre ciertas manifestaciones primarias de rebeldía o de resistencia popular a la injusticia, la opresión y la explotación, por un lado, y la constitución de movimiento, por otro, no son nunca rígidas. Con frecuencia, se presentan casos en que las primeras dan paso al movimiento, lo alimentan y ayudan a su gestación. Por lo demás, la construcción de movimiento no es el resultado de un acto único fundacional. Éste emerge a través de un proceso histórico de gestación variable, que en el

⁹ Luis Alberto Romero, "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos", en *Proposiciones*, N° 19, Santiago, julio de 1990, pág. 276.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Eric J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, 10ª edición (Barcelona, Editorial Labor, Punto Omega, 1985), págs. 373 y 374.

caso de Chile ocupa varias décadas a partir del inicio de la era republicana. Si el movimiento requiere de organizaciones, la presencia de éstas tampoco es un índice absoluto de la existencia de aquel. El movimiento las engloba, pero también las trasciende. Es la expresión de un proyecto de transformación social, de un *ethos* colectivo en permanente desarrollo y mutación.

El surgimiento y desarrollo del movimiento popular en Chile durante el siglo XIX, su identificación y caracterización a través de la trama del relato histórico es, a fin de cuentas, el objetivo de este libro. Debemos confesar que no partimos con la intención de probar una tesis preconcebida, sino, simplemente, con la idea de reconstruir la historia de un movimiento popular cuyos orígenes y desarrollo inicial no aparecían suficientemente claros en la historiografía. Sólo teníamos la intuición del vacío existente, la convicción de que el tejido de los acontecimientos históricos era mucho más denso y complejo de lo que los historiadores pioneros nos habían contado. Las hipótesis fueron tomando cuerpo a medida que la información afloraba en nuestras investigaciones. Tal vez esto contribuyó a reducir el riesgo de *identificación*, esa manera insensible, pero real que tienen los historiadores de ser atraídos sólo por aquello que puede reafirmar sus hipótesis de trabajo previamente construidas...¹².

A fin de facilitar la lectura y comprensión de los temas abordados, hemos dividido la obra en dos partes.

La primera se propone describir el marco general en el que se desarrolla la acción reivindicativa y política de los trabajadores analizada más adelante. En esta sección se descubre el marco de la economía urbana en el que se insertan los sectores populares, así como sus condiciones de vida y de trabajo, poniendo el acento sobre los principales elementos del fenómeno que a partir del último cuarto del siglo comenzó a denominarse "cuestión social".

En la segunda parte abordamos directamente el estudio de la acción de dichos sujetos para cambiar o mejorar sus condiciones de existencia. Aun cuando es imposible hablar de un movimiento obrero organizado en Chile antes del último cuarto de siglo, hemos postulado la hipótesis del surgimiento de un *movimiento popular urbano* (y no exclusiva o prioritariamente obrero) en formación desde las primeras décadas de vida republicana. Es verdad que la trama de los hechos es débil durante los primeros años, pero desde la década de 1840 se pueden percibir más fácilmente reivindicaciones, movimientos, tentativas de organización y de incorporación de núcleos de artesanos y otros elementos populares a los conflictos políticos. Quisimos mostrar la emergencia, hacia mediados del siglo, de un movimiento popular urbano cuyos núcleos más importantes

¹² Arlette Fargc, *Le goût de l'archive* (Paris, Seuil, 1989), págs. 88 y 89.

fueron los tipógrafos, los trabajadores portuarios y ciertos gremios artesanales tales como los sastres, carpinteros, zapateros, carroceros y ebanistas.

Tratando de llenar los numerosos vacíos historiográficos sobre el tema, planteamos la hipótesis de una continuidad organizacional, política y reivindicativa del movimiento popular hasta fines de la década de 1880, continuidad representada principalmente por las demandas de proteccionismo para la "industria nacional" y de reforma o abolición del servicio en la Guardia Nacional, y por la práctica de la "cooperación" en sus múltiples expresiones (con un neto predominio del mutualismo) como medio privilegiado de mejoramiento de la condición obrera y popular. La década de 1880, con su explosión de huelgas y movimientos reivindicativos, ilustra el inicio de un período de transición hacia el sindicalismo y los sangrientos combates "clasistas" del primer cuarto del siglo XX. En esta perspectiva, la huelga general de 1890 en ciertas regiones (Norte Grande y Valparaíso) puede ser considerada como un hito altamente simbólico que anuncia el fin del período que nos propusimos estudiar.

En un país como Chile, en el que el Estado nacional se consolidó de manera relativamente rápida y donde la hegemonía de la oligarquía se tradujo con similar celeridad en la adopción de un sistema político, al menos formalmente "europeo" (partidos ideológicos, parlamento, debilidad o ausencia de caudillismo militar, etc.), la historia del movimiento popular es necesariamente política o, mejor dicho, esta historia está fuertemente marcada por los vaivenes de las luchas políticas. ¿Cuáles son los caminos y las formas de incorporación de los trabajadores manuales a esos conflictos? ¿Cuáles han sido las relaciones entre las opciones políticas de los trabajadores y sus reivindicaciones? He aquí otros tantos temas que quisimos dilucidar, partiendo del supuesto de que el compromiso mayoritario se dio en favor de las distintas corrientes en que se expresaba el liberalismo chileno decimonónico, aunque en el caso de los obreros y artesanos más politizados se verificó conservando las particularidades y las reivindicaciones específicas de la condición popular. Sobre este asunto, formulamos la hipótesis de un lento camino de los trabajadores hacia su independencia política respecto de las distintas fracciones de las clases dominantes.

También nos ha parecido necesario mostrar cómo el movimiento de los artesanos y de los obreros más calificados de los centros urbanos optó desde muy temprana fecha por la vía de la incorporación al sistema político a fin de mejorarlo y democratizarlo. Base social de un proyecto democrático-reformista, dichos sectores jugaron el principal papel en el movimiento popular, especialmente a través del mutualismo y de las iniciativas en pro de la educación y de la "regeneración del pueblo". La masa popular de las ciudades, campos y zonas mineras—los peones, jornaleros,

campesinos, mineros, sirvientes domésticos, marginales y otros—quedó casi siempre al margen de tales iniciativas, no sólo por la segregación de la cual fue víctima por parte de las capas superiores del mundo de los trabajadores sino, también, por ser portadora de otras concepciones y métodos de lucha, concepciones y métodos que la acercaban a los mineros y al peonaje itinerante, con los cuales convergía en ocasiones de estallido de ira popular. Son estos sectores, en particular los mineros y los trabajadores portuarios, junto al naciente proletariado de la industria manufacturera, los que ocuparán el puesto de vanguardia en la próxima etapa de luchas populares. En este sentido, 1890 aparece nuevamente como un punto de viraje simbólico ya anunciado por las luchas de los años ochenta, y confirma la ruptura a nivel político-institucional provocada en 1891 por la guerra civil. Ésta es la cuarta dirección hacia la cual nos propusimos avanzar.

Por las razones ya expuestas, nos era imposible contentarnos con un trabajo de reinterpretación de fuentes ya utilizadas por los historiadores del movimiento obrero chileno. Aprovechando sus investigaciones y trabajos, tratamos de poner esos aportes—en la parte que nos parecía válida—al servicio de una búsqueda de nuevas fuentes y de una explotación más sistemática de las ya conocidas, a fin de lograr una visión más profunda y global de nuestro tema. Nuestras pesquisas a través de archivos nacionales y europeos, especialmente la revisión de archivos de las sociedades mutualistas chilenas, nos han permitido apreciar la inmensidad de las tareas de investigación, de acumulación y de conservación de documentos, de catalogación y de publicación de documentos inéditos que esperan a los historiadores y otros científicos sociales interesados en el estudio de este período de la historia del movimiento popular. Fuera de las obras generales y de las colecciones de periódicos existentes en algunas bibliotecas, no hay fuentes de fácil alcance para los investigadores. Se impone, entonces, un peregrinaje a través de los vetustos locales de las sociedades de socorros mutuos, una revisión sistemática de repertorios polvorientos que nadie ha abierto durante largos años, un mínimo ordenamiento de esos papeles, la selección y la lectura de centenares de libros de actas y otros manuscritos donde se encuentran filones importantes de la vida cotidiana de esas sociedades populares.

Como en toda obra de este tipo, es preciso vencer también algunas dificultades metodológicas. ¿Cómo integrar en un conjunto coherente una historia que aspira a ser lo más "total" posible? ¿Cómo armonizar el indispensable relato de acontecimientos—tanto más imprescindible cuando se trata de hechos hasta ahora desconocidos o silenciados—con la exposición de aspectos más profundos de la historia, como el papel desempeñado por los sectores populares en la economía urbana, sus condiciones de vida y de trabajo? En otros términos: ¿cómo integrar el relato de la historia corta, agitada, *événementielle* y el análisis de las estructuras,

de las tendencias profundas, la *larga duración* tan apreciada por la concepción actual de la disciplina?

Como ya lo señaláramos, para simplificar nuestra tarea hemos optado por dividir el libro en dos partes claramente diferenciadas: la primera, más centrada en los aspectos socioeconómicos de la condición popular; la segunda, en la acción reivindicativa y política de los trabajadores. Por un afán de claridad, y corriendo el peligro de incurrir en esquematizaciones, decidimos tratar en capítulos separados las luchas políticas y las luchas reivindicativas, aunque en ocasiones la imbricación entre unas y otras nos haya impulsado a asociarlas.

La delimitación del tema en el tiempo y en el espacio también hace necesarias algunas explicaciones. ¿Por qué fijar en 1810 y en 1890 la partida y el término del trabajo? La opción por 1810 tiene un alcance esencialmente simbólico por ser el punto de arranque del movimiento autonomista que culminó años más tarde con la Independencia de Chile. 1810 marca también el inicio de las primeras experiencias políticas del “bajo pueblo”. Es, por lo tanto, una fecha clave de la historia política nacional a la cual rendimos tributo. Como ya lo hemos señalado, 1890, con su huelga general representa un momento importante en torno al que culmina un período y se acelera la transición hacia el sindicalismo, coincidiendo muy cercanamente con la ruptura de la historia política que se produjo en 1891. Esta coincidencia –hay que reconocerlo– puede ser feliz y desafortunada al mismo tiempo. Feliz, ya que simplifica las cosas: la correspondencia entre la historia política e institucional y la historia en construcción de los movimientos sociales –al menos entre esas fechas– sería casi perfecta. Desafortunada, ya que la historia de las clases populares aparece de conjunto y desde la partida subordinada a las periodificaciones de la historiografía tradicional. Frente a las sospechas de sumisión de una frente a la otra, no podemos sino alegar una “lamentable coincidencia” y desarrollar un tratamiento de los problemas, –por ejemplo, de aquellos ligados a la condición socio económica de los sujetos históricos– diferente al de la historiografía clásica. Al mismo tiempo que reivindicamos la necesidad de construir una historia política del mundo popular, o más exactamente, una historia social “con la política incluida”¹³.

Finalmente, ¿por qué centrar nuestra investigación en los trabajadores urbanos? Porque ellos fueron los principales constructores de movimiento popular organizado durante el siglo XIX y porque nos pare-

¹³ El rechazo a la historia política tradicional ha llevado a muchos historiadores sociales –especialmente los de la segunda generación de los *Annales*– a postular una “historia con la política excluida”, según la fórmula de G.M. Trevelyan (*English Social History*, 1944). Citado en Julián Casanova, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?* (Barcelona, Editorial Crítica, 1991), págs. 30 y 40. En nuestra perspectiva, se trata de superar esta concepción unilateral, incorporando la política como una dimensión importante de la historia del mundo popular.

ció que el componente ciudadano de dicho movimiento ofrece ciertos rasgos de homogeneidad que justificaban –por lo menos en el estado actual del conocimiento histórico– un tratamiento específico, diferenciado de otros sectores. Evidentemente, es imposible la separación absoluta entre los movimientos populares de las ciudades, campos y áreas mineras, ya que ella es artificial, especialmente durante el siglo XIX. Cuando nos pareció necesario –como por ejemplo, cuando aparecían convergencias de luchas entre trabajadores de ciudades, campos y distritos mineros– tratamos de dar cuenta del fenómeno sin alejarnos demasiado del principal espacio geográfico de nuestro estudio.

Finalmente, queremos dejar establecido que para una mejor comprensión del texto, hemos optado por actualizar la ortografía gráfica de las citas de las fuentes primarias, respetando la puntuación original.